

¡NO, POR DIOS!

(ATEÍSMO PARA PRINCIPIANTES)

MAURICIO-JOSÉ SCHWARZ



**CAZADOR
DE RATAS**

Índice de contenido

Prólogo

Notas

Parte uno: Dios

La experiencia personal
El fantasma omnipresente
Pero ¿qué es dios?
Los dioses imposibles
Religiones que nacen
¿Y si no me lo creo?

Parte dos: Religión

Fuera de la realidad
El creyente selectivo
El miedo al pensamiento
¿Puede un ateo cantar gospel?
Las religiones que no lo parecen

Parte tres: Moral

Con dios todo vale
Los pecados originales
¿Valores cristianos?
El sentido de la vida
El dolor es malo
Libertad religiosa

Parte cuatro: Sexo, vida y muerte

La mujer como problema
La prostitución

El inevitable aborto
Homosexualidad y matrimonio
Muerte digna y vida indigna

Parte cinco: No creer
Agnosticismo
La convivencia imposible
Ateos a la fuga
Conclusión provisional
Nota al margen: El ateísmo militante

Agradecimientos

¡No, por dios!

(Ateísmo para principiantes)

Mauricio-José Schwarz

¡No, por dios!: (Ateísmo para principiantes) Mauricio-José
(Spanish Edition) Schwarz

In memoriam
Filippo Giordano Bruno
(1548-1600)
Por la libertad de pensar

El amor, la solidaridad, la nobleza y la cooperación
son producto de un universo en evolución,
no la gracia de un ser superior con modales de niño
malcriado.

¡No, por dios!: (Ateísmo para principiantes) Mauricio-José
(Spanish Edition) Schwarz

Diseño portada: Adrián Alonso

Fotografía de portada: Mauricio-José Schwarz

Corrección: Jean Sroka

Prólogo

Ser ateo es bueno.

De hecho, es tan bueno, es tan totalmente normal que la mayoría de la gente, incluso los que se dicen creyentes en una u otra religión, actúa día a día como si dios no existiera, sin preocuparse ni por los enormes premios que dicen los libros sagrados que nos depara ni por su presunta voluntad, ni siquiera por los castigos que se nos repite insistentemente que nos tiene destinados.

Al menos en las culturas resultado de la Ilustración, dios es una opción ocasional, un tema secundario, un factor que no está presente en lo cotidiano. Cuando los creyentes se esfuerzan día a día por trabajar, obtener satisfactores, conseguir pareja, quedar bien con sus amigos, superar distintos tipos de pruebas o exámenes, conservar o recuperar la salud y hacer otras cosas trascendentes para sus vidas, dios aparece apenas como un extra en la película de su cotidianidad. El futbolista que se persigna y mira al cielo antes del silbatazo inicial del partido no piensa en dios mientras juega, salvo ocasionalmente, como cuando un compañero falla un gol. El cura que viola a un niño no está pensando en dios, el empresario que equilibra cuidadosamente su inversión y conduce su empresa no depende de la intervención de dios; cuando cruzamos una calle, no nos ponemos en manos de un ser todopoderoso, benevolente y preocupado por cada cosa que hacemos, sino que cautamente miramos a un lado y otro del camino para asegurarnos de que no venga un vehículo que nos pueda atropellar.

Sabemos que dios no detiene vehículos desbocados. Lo sabemos al ritmo de miles de muertes al año de personas atropelladas por autos. Esperamos que dios haga ganar a nuestro equipo o que le salve la vida a una persona con una enfermedad terminal, pero no esperamos que detenga

una o dos toneladas de metal y plástico, cuando para ello apenas tendría que oprimir suavemente el freno.

Si una fábrica únicamente usara como prevención para accidentes una oración a alguna deidad primaria o subsidiaria —como los santos en el mundo católico—, se la consideraría remisa en la más elemental obligación de promover la seguridad de sus trabajadores. Ciertamente, en muchas fábricas puede haber una imagen de algún ente sobrenatural protector, pero suele estar acompañada de reglas de seguridad, recomendaciones concretas, cursos de formación en prevención y combate de incendios, reglas de mantenimiento del espacio de trabajo, guardas y escudos en las partes móviles de la maquinaria, equipo de protección personal —desde tapones para los oídos hasta monos ignífugos para el trabajo en espacios de gran calor—, reglas de tráfico para personas y vehículos dentro de la empresa, y una larga lista más de acciones concretas destinadas a salvaguardar la vida y la integridad física de los trabajadores y visitantes... algo que, sin embargo, sería elemental para cualquier dios. Bastaría que decidiera «aquí no habrá accidentes» para que el asunto estuviera totalmente resuelto.

Pero no. Hay accidentes en todas partes. Igual en el Vaticano que en los templos sintoístas, en las mezquitas y en las sinagogas, en casa del creyente y en casa del hereje y descreído.

Y todos, el creyente y el hereje descreído, actúan como si no hubiera dios, salvo en los momentos destinados al culto, algunos segundos al día para seguir algún ritual, y en situaciones enormemente emocionales: el deporte, las elecciones, peligro de muerte.

Y está bien actuar así.

Y está bien que los ateos actúen así todo el tiempo, sin encomendarse a una deidad ni en pequeños rituales diarios —como persignarse antes de salir a la calle— ni en situaciones enormemente emocionales y graves para sus vidas o para las de otros.

Porque los ateos tampoco piensan en dios salvo ocasionalmente, casi siempre cuando se encuentran con alguna

consecuencia desagradable o maligna de la creencia en dioses o la observancia de alguna religión.

Aquí no recorreremos la historia señalando cómo las religiones han incrementado brutalmente la infelicidad humana, repartiendo dolor y muerte. Aunque sí tocaremos algunos momentos de la historia, el análisis a fondo lo han hecho muchos autores antes y seguramente de mejor forma.

Tampoco pretendo reiterar, renovar o enumerar los argumentos filosóficos que sustentan la conclusión de la existencia de las deidades, o al menos de la enorme mayoría de las deidades propuestas por ser humano, pero se tocará el tema, inevitablemente. En general, esos argumentos se agotaron hace ya muchos siglos y, al final, la creencia no es asunto de convencimiento, de cuidadoso razonamiento, de argumentos y silogismos bien contruidos, sino de fe y emocionalidad.

Y, por lo mismo, este libro no tiene por objetivo convencer a nadie de la inexistencia de las deidades, de la maldad de la religión, de los peligros de la superstición o de la brutal mutilación humana, moral e intelectual, que implica entregarse a una creencia irracional, a una superstición preternatural en favor de la cual no existe ni una sola evidencia. Repito: en favor de la cual *no existe ni una sola evidencia*.

El objetivo fundamental de este libro es argumentar por qué *ser ateo está bien*. Por qué es una posición moral mucho más sólida que la que ofrecen las religiones. Por qué es una posición honesta y razonable, noble, defendible y, sobre todo, que quien la asume no está solo. Por qué la creencia en dioses y las religiones que ordenan tales creencias son profundamente perjudiciales y sus posiciones más escandalosas deben ser combatidas en bien de todos, incluso —y sobre todo— de sus creyentes. Que los ateos son una fracción creciente de la población en las culturas de la Ilustración y que esta digna posición ante el mundo debe hacerse oír. Y no sólo en las culturas de la Ilustración, sino en los espacios medievales y crueles donde no vivir pensando en dios minuto a minuto —hazaña que de todas for-

mas parece imposible— puede costarles la vida a muchos inocentes.

Aunque, en nuestras propias sociedades, el precio que se paga por la creencia en dioses sigue siendo alto.

Este libro nació probablemente en la catedral de Notre Dame, un día de otoño, cuando registré en mis notas de viaje lo siguiente:

Es domingo a mediodía. En la catedral de Notre Dame, París, se está celebrando una misa. Los turistas recorremos la nave rodeando a los fieles. Ocasionalmente suena el majestuoso órgano del templo y todos los presentes percibimos la enorme belleza de las composiciones, como apreciamos la maravilla arquitectónica que representa la edificación medieval, los vitrales, las tallas, el trabajo de cantería.

En una de las capillas de la girola, detrás del altar, frente a algún muerto añejo o un santo descascarado por el tiempo, en una silla junto a sus padres, una niña de siete u ocho años reza fervorosamente, con las manos unidas, los ojos apretadamente cerrados, buscando conectar con una fuerza sobrenatural, confiando en que puede hacerlo si se esfuerza.

Pienso que a alguno le parecerá enternecedor que una niña pequeña exhiba tanta dedicación religiosa. A mí me resulta escalofriante. Tanta dulzura invertida en una mentira cruel, contada minuciosamente por su entorno, sus padres... Tanta libertad cortada sin florecer, tanta luz ensombrecida en una niña sin culpa de que quienes a su alrededor crean que llegó al mundo sucia de un pecado horrible, un pecado original que la vuelve culpable por haber nacido.

Su rezo es el recordatorio de lo horrible que hay en la belleza de lo religioso. Pero no lo cancela. La música religiosa, la pintura, la arquitectura no pierden su valor emocional debido a la fuente de su inspiración o a sus circunstancias. Puedo recordar que entre estas mismas paredes, por ejemplo, en la catedral aún inconclusa, Heraclio de Cesárea convocó la Tercera Cruzada. Pero también que aquí, el 10 de noviembre de 1793, se celebró el curioso Festival de la Razón, una especie de culto a la razón con el que la Revolución francesa pretendió sustituir el cristianismo. El altar cristiano se había desmantelado y sustituido por un altar a la libertad, mientras algunas revolucionarias hacían el papel de la diosa de la razón y la libertad. Un curioso intento de mantener los rituales de la religión sin su contenido, una caricatura involuntaria, según se relata.

La belleza del arte religioso, sin embargo, no parece decirnos mucho sobre las deidades. Casi cualquier persona estará de acuerdo con que Zeus no existe y, sin embargo, ello no implica que se dé menos valor a los templos creados para homenajear al rey de los dioses griegos. El Partenón tenía como homenajeadas a la diosa Atenea, y su patente inexistencia no hace menos impresionante la edificación. Como no es menos imponente el Templo Mayor de la Ciudad de México dedicado a Huitzilopochtli y Tláloc por el hecho de que esas dos deidades sean imaginarias.

Todo cuanto sabemos indica que no existen los dioses, que son fruto de la imaginación humana. El ser humano tiene una enorme capacidad para desarrollar creaciones asombrosas que no son sino fantasías, de mundos imaginarios, de creencias diversas: religiosas, filosóficas, políticas y sociales.

El hombre imagina cosas: amores y batallas, reinos y dioses, formas y mezclas de colores, viajes asombrosos y melodías sin precedentes. Imagina dioses, muchos y muy distintos. La niña que rezaba en Notre Dame aquel frío día de otoño debería tener derecho a saber eso y mucho más acerca de los dioses y las religiones. A ella, como a la mayoría de nosotros, la iniciaron desde muy pequeña en un mundo de creencias no demostradas, de supersticiones, de falsas ilusiones y de miedos estremecedores. Le han dicho ya que nació pecadora y que su vida es un camino de peligros donde un mal paso puede hacer que se condene al sufrimiento eterno.

Quizá no es lo mejor que se le puede decir a un niño, lo mejor que se le puede enseñar. Quizá sería preferible creer en su libertad y rechazar la idea de su culpabilidad originaria sólo por haber nacido como parte de la especie humana.

La niña le confía sus deseos a un dios que nadie ha visto. Yo, observador inesperadamente involucrado en su íntimo ritual, me descubro deseando que no se les cuenten mentiras sangrientas a niños como ella, que no se les haga caer de rodillas ante las tinieblas. Que puedan disfrutar las maravillas del espíritu humano sin asumir como realidad las

fantasías que las inspiraron y sin el miedo, el horror y la impotencia que implica creer en los dioses que ha forjado el ser humano.

Algo como lo que aquí se cuenta, aunque no sea, ni pueda ser, exhaustivo.

Notas

1. A lo largo de estas páginas utilizaremos en general la palabra *dios* en minúsculas. El debate que suele darse sobre todo con los cristianos surge del hecho de que, por un lado, utilizan las mayúsculas reverenciales por su certeza de que su dios es el verdadero y, por otro, que se suele afirmar —sin demostrarlo demasiado sólidamente—, que «Dios», con mayúsculas, es el nombre de su dios y, por tanto, debemos escribirlo con mayúsculas, por más desprovistos que estemos de reverencia, como se escribe con mayúsculas el nombre de personajes fantásticos como Sherlock Holmes, Moby Dick o Scooby-Doo. Pero como aquí trataremos de muchos de los dioses creados por las culturas humanas, evitaremos el uso de las mayúsculas. Cuando se haga referencia al dios cristiano, islámico o judío, que suele escribirse «Dios», se deberá entender que hablamos de «un dios» cuyo nombre es Yahvé, Alá, Elohim y demás.

2. Lo mismo ocurre con la palabra *iglesia*, que en algunos países católicos se acostumbra escribir igualmente con mayúsculas reverenciales e incluso es común referirse respetuosamente a ella como ICAR (iglesia católica apostólica y romana). Sin ánimo de ofensa, sino de claridad, y dado que hablaremos de muchas iglesias, no escribimos ninguna con mayúsculas.

3. Las fechas se manejen como antes de la era común y era común (a. e. c. y e. c.) en lugar de «antes o después de Jesucristo», no por un afán de eludir el origen cristiano del calendario occidental, ni siquiera porque la existencia histórica del Jesucristo de los evangelios está en duda —siendo más posible que sea un personaje formado a partir de características de varios otros predicadores judíos, amalgamados alrededor de uno de ellos después de su muerte—, pero, sobre todo, porque aun si existió es bien sabido que la cronología histórica nos muestra que los cálculos calendá-

cos de la iglesia católica, que determinan nuestro calendario actual, están equivocados en al menos siete años. Cuando el papa Juan I encomendó a Dionisio el Exiguo el cálculo de la Semana Santa y la Cuaresma, éste decidió —sin que sepamos cómo— que en ese momento habían pasado 525 años desde el nacimiento de Jesucristo. Pero, por poner sólo un ejemplo de las discrepancias, el rey de Israel, Herodes el Grande, murió en lo que, según nuestro calendario, sería el año 4 antes de Cristo, lo que establece que el hipotético Cristo debía haber nacido dos o tres años antes para poder ser perseguido por el monarca. Al asumir el cálculo erróneo de Dionisio, queda claro que marcó lo que se ha convertido en una era común incluso entre pueblos que no creen en la existencia o divinidad de Jesucristo.

4. Como es imposible ser exhaustivo analizando todas las religiones, dioses y esquemas de adoración y ritualización que han existido largo de la historia humana, este libro se centra en los tres grandes monoteísmos, las tres religiones derivadas de la Biblia hebrea y, especialmente, en el cristianismo y su variante católica, que son las que mejor conozco por haberlas vivido directamente en mi educación, mi formación y mi familia desde el nacimiento hasta aproximadamente los dieciséis años de edad, cuando dejé la religión, después de lo cual, además, he seguido habitando en países mayoritariamente católicos y viviendo sus conflictos en la intervención de la iglesia en la vida civil y en su combate a los ateos. Esto no significa que ocasionalmente no repase otras tradiciones religiosas, independientemente del número de creyentes que tengan, para aclarar o ejemplificar algún argumento o reflexión.

5. Este pequeño volumen compendia gran parte de lo que he aprendido, reflexionado, leído y experimentado con respecto a la religión a lo largo de muchos años. Algunos conceptos, fragmentos y anécdotas que forman el libro han aparecido en formas más o menos distintas en artículos que publiqué en diarios y revistas mexicanos entre 1976 y 1999, en los blogs [El retorno de los charlatanes](#), [Los expedientes Occam](#), y [No que importe](#), en las respuestas que doy a di-